

PANORAMA DE UN RECUERDO



S un marzo frío, cuando escribo estas líneas. Frío y ventoso. Pero bajo la mañana soleada, se perfilan con nitidez las características todas del paisaje. La explanada urbana se tiende en la llanura; a la derecha se ve el mar. En el fondo del acantilado está el puerto. Las grietas y los barcos parecen de juguete y como si pudieran ser alcanzados con la mano. El cromatismo de todas las cosas destaca en el aire, se burila en él. Los bojes y los arrayanes del parque se mueven por la fuerza del viento, pero tienen una presencia concreta en el panorama. Han florecido unos almendros, cuya flor titila en el viento, indecisa. El parque está solitario.

A la izquierda se tiende la ciudad. Tiene un ocre oscuro y un gris que crece, en formas inconscusas e indeterminadas, hacia la ladera. Campanarios y chimeneas. De éstas escapa, flotando en el azul, la humareda. Es un fleco negro y turbio, arrebatado por oleadas de viento.

Es un panorama indeciso, a medio cuajar. Había yo subido al monte para verificar en él alguno de los rasgos orográficos de un libro. Al terminar un libro, hay que leerse de nuevo en el paisaje; comprobar que lo que uno ha descrito está allí resumido, extendido en la vida. Es una emoción vivísima; uno compara la tinta con la luz, lo negro con lo claro, y ambas significan y traducen lo mismo. Si; lo que hemos escrito vive y palpita en virtud de un sortilegio extraño, en una simbiosis misteriosa. Ahí, en ese rincón del monte y en los residuos, que hoy existen, de un edificio deslustrado, estuvo un tiempo una sala de fiestas. Parece que oiga hoy todavía el síncope que hacía el "saxo" de aquel músico mulato llamado Napoleón, a intermitencias con este viento de marzo que trabuca ahora el silencio. En este lugar estaba yo una noche, irremediablemente marcada en mi vida y en la vida de muchos. Los sonos del "jazz", la cantilena dulce del Night and Day y el fluido evanescente de los violines y de los tambores se perdían en esta colina, que hoy parece carcomida y arrumbada por los años. Cada ciudad tiene sus movimientos, como un ser que viviera, que realizara ademanes intuitivos e inconexos, involuntarios en la mitad de un sueño. Mi ciudad parece que se haya vuelto a dormir del otro lado, de cara a la planicie que se pierde ahora al trasluz, entre canales de regadío y acequias de labranza. La enorme explanada deja ver, al fondo, las pistas del Campo de Aviación, el pinar del campo de golf, la serpiente larga e inmóvil de la autopista. Todo ello, que constituye el ámbito de nuestros tránsitos frecuentes, deja, sin embargo, en la mitad y por los costados, enormes extensiones de tierra labrantía, donde se ve el reverberar de los campos de arroz y la petulancia del maíz que ya crece, verde, en extensiones innumerables. Hay que mirar a veces a la ciudad así, desde una colina, y a la luz de los recuerdos y de los años. Cada tramo de este enorme tejido va siendo bordado por unas manos invisibles. Lejos, muy lejos, a donde la vista ya casi no alcanza, se columbran los nuevos poblados de solaz, las marcas de la vacación y del veraneo. Ellos quedaban al margen de la iconografía histórica. Tal vez, siglos atrás, estuvieran ya al alcance indefenso de las naves berberiscas. La ciudad ha transpuesto, en cien años, mil murallas. Por las carreteras interiores circulan, como hormigas pacientes, pequeños automóviles. Pero desde aquí se columbra, a la vez, el paso de los carros antiguos y sonoros, camino de las masías dispersas, de las que trasciende un rastro de humo en la calina.

En el bloque macizo de las edificaciones, que está a mis pies, la ciudad se orea y dormita, inmutable. Eso, desde aquí, no ha cambiado. Si, en los barrios extremos se advierte la proliferación de los poblados y de las zonas de nueva planta emprendidas con un ímpetu funcional, en grandes y altos bloques de cristal y cemento. La extensión que la ciudad era, hace unos años, queda quebrada en los extremos por los bloques de las inmobiliarias. Imaginamos a estos bloques en la mitad del campo, con su abigarrada muchedumbre apiñada y preocupada, con sus supermercados y sus farmacias, como borbotones urbanísticos nacidos en una piel demasiado caldeada y suave. Miles de hombres y de mujeres viven en esos exiguos panales que tienen el signo de la labor y de la urgencia. Fructifican perentorias plazas, jardines cuya flora no ha tenido tiempo de nacer allí, trasplantada desde la jardinería industrializada. Una higuera solitaria, que rumiaba hace años

su soledad, se ha sentido de pronto circundada, mixtificada. Su vejez eremítica subsiste en la mitad del polvo y en el tráfago del cemento.

Marzo se encabrita y lo remueve todo. Es un mes peleón y una etapa del año fluctuante y revuelta. Pasa sobre el panorama como pasa una epidemia. Hay hojas que asomaban que se las ha vuelto a llevar el viento. El soplo de marzo es el soplo ululante de los crepúsculos encendidos y de las ventoleras tumultuosas. Puede nevar o llover y crepitar el sol a la vez. Unas nubes orondas y trashumantes viajan por el enorme plafón del cielo. Algunas aves intrépidas han asomado entre la fronda e intentan un vuelo sesgado, pero se esconden otra vez. Las brujas de febrero están jadeando, escondidas también. El fuego de marzo en la lumbre es un fuego rabioso y crepitante, enfurecido por el hecho de tener que arder. Los últimos leños del año caen sobre la ceniza con un fragor intemperante y sin sosiego. Se empieza a hacer larga la tarde por los caminos y uno encuentra demasiado premioso el anochecer. No es éste un tiempo conciliador y categórico. La sorprendente y postrera niebla le puede acometer a uno en mitad del camino, como un eructo de la humedad tardía. Ella transita por el bosque con pisada pérfida.

Todo eso pienso de marzo en la colina, cuando he terminado un libro y me paraba a comprobar la fisonomía de la realidad, después de haberla como soñado e imaginado en el papel y la tinta. De los abedules y de las encinas, advierto que no están en la obra más que el clamor y el alarido y la sombra. En la realidad, ellas son distintas. Tienen una doblez y un resuello casi humanos. Cada una debiera tener su nombre y su biografía, de otro modo siempre nos parecerán una sombra. La voz airada que hace el viento al pasar por ellas es un grito estrepitoso, como una voz de la inmensidad.

Han pasado ya muchos años desde entonces. Ha pasado desde entonces, más tiempo aún que la vida que yo tenía en el momento en que aquello ocurrió. Una oleada de devastación y de muerte parece volver a acometer este paisaje olvidado. Las piedras malheridas y cascadas, los residuos de la edificación y hasta el tronco y el gesto de los árboles parecen rastros de un paraíso abrumado y perdido. En este ángulo se mantiene viva la erosión. Fue una terrible sacudida, un airón de violencia y de dolor. En cada piedra, en cada peldaño de ese declive angosto, frente al mar, frente al llano, frente a la ciudad, alienta una bronca vaharada de pólvora y de llanto.

el viento de marzo

En lugar de barrer los recuerdos, el viento de marzo los hace más hirientes. Yo no había vuelto a ese lugar desde entonces; y los residuos que el tiempo ha dejado son reliquias que reconstruyen el lugar en mi memoria con una fuerza poderosa, que quizá no tendría aquel lugar si mantuviera sus piedras y su estructura en pie. Veo a la gente que en aquella noche bebía su limonada o su whisky a la templanza de julio, como si estuvieran vivos. Se ajeteaban, bailan, discuten en una desenfrenada algarabía. Sus rostros ya no están, pero está su eco, un eco inmarcesible, que sobrevive sobre los vestigios. Aquí debió de hallarse la balastrada donde se escuchaba el jadeo de la ciudad en sueños, con un tráfago de armas y una tensa vigilia. Aquí, la plataforma donde los músicos desgarraban su lenta melodía. Y más allá las mesas, llenas del destello verde del licor de menta o del oro del whisky. Más abajo, a la entrada, unos niños mendigos que nos venían en pos, con los ojos negros como carbón y el pelo ensortijado.

Este es el aire de marzo, que trasiega fantasmas y espectros. Parece que bajo el sol esconda la ciudad un jirón de aquella revuelta tiniebla sombría. En aquella madrugada quedó partida en dos nuestra juventud. Doy unos pasos entre las piedras, en las que asoma el moño y se desliza el gusano. "¡jardín desolado — de mi juventud!", diría, con palabras del vate mallorquán, de aquel señor selecto y entristecido, que visitara en la vejez los páramos de su infancia: el parque donde todavía colgaba del árbol un resto de la cuerda de un columpio antiguo, la fuente ya sin caudal, de la que antaño brotara un surtidor ilustre e irisado. Realmente; en el libro, todo vuelve a ser nuevo y brillante; sólo miente la realidad.

Es inútil volver sobre nuestros pasos. A nuestra altura, la vida no tiene vuelta atrás. Cuando avanzamos hacia el recuerdo topamos con un muro, con un obstáculo alto e imprevisto. Fue el instante mismo en que, al romperse por la mitad, como un junco débil, la vida española, nuestra propia vida quedó partida en dos.